

Archivos de escritores: estrategias de visibilización

Graciela Goldchluk (IdIHCS, UNLP- CONICET)

Los archivos de la literatura

Comienzo por una incomodidad derivada de la convocatoria general de estas Segundas Jornadas sobre archivos personales y usos historiográficos: hablar de archivos de la literatura parece tener inmediatos usos historiográficos, es decir los tiene. Eso es bueno, pero no es exactamente lo que queríamos decir. Para ser más precisa, voy a hablar de “archivos de escritor”, que según concluye Mónica Pené (2013: 30) es una denominación que “merece ser discutida en contextos literarios y archivísticos”. Cada vez más estos contextos se entrecruzan, cada vez más los estudios literarios acuden a denominaciones provenientes de otras artes y de otras ciencias. En esta encrucijada, es la archivística la que nos puede ayudar, siempre que esté dispuesta a revisar este tipo de archivos, los personales, que resultan difíciles de integrar, con un valor archivístico que es necesario establecer, con modos de organización que pueden resultar anómalos. Por su parte, en el mismo movimiento de acercarse a la archivística, la crítica literaria primero y la teoría de la literatura después, comienzan a cuestionarse su objeto, sus límites y sus presupuestos teóricos. Así como archivistas y bibliotecarios se ven obligados a construir nuevas herramientas para albergar diversos tipos de documentos, los estudios literarios deben atender a la materialidad propia de sus objetos. Ya no se trata sólo de la materialidad de la historia que enmarca una producción, sino que hay que leer trazos materiales que remiten al tiempo de una creación y afrontar el estudio de los documentos que conservan esos trazos según una lógica que ya no puede ser la de las bibliotecas entendidas como acumulación de libros publicados.

Es sólo a partir de ese cruce que puedo pensar el problema de los archivos de escritores en un contexto latinoamericano, es decir de archivos que en gran medida no están institucionalizados. Una primera aproximación debería tener en cuenta siempre el lugar de producción y depósito de los archivos, especialmente cuando la teoría producida alrededor de los archivos de la literatura surge en Francia, que destina el edificio de una Abadía del siglo XII para el Instituto de Memoria de la Edición Contemporánea (IMEC), una institución que reúne manuscritos, fondos editoriales y publicaciones periódicas de los siglos XX y XXI. Curiosamente, el autor de **Mal de archivo** donó sus manuscritos (283 cajas de archivo y 1220 impresos) a la Universidad de Irvine, California, lo que no impide que el IMEC albergue una copia de esos documentos complementados con algunos originales. En ese contexto podríamos estar discutiendo cómo leer aquello que ya está depositado, organizado y custodiado por el Estado, pero en una realidad como la que compartimos en América Latina, la propia existencia de los archivos depende directamente de la construcción de herramientas para leerlos, ponerlos en valor, y en el camino producirlos. No podemos pensar en una teoría separada de estas prácticas. En nuestro caso, la idea del archivo como un

depósito estable donde ir a buscar insumos para la investigación no sólo es errada, en el caso de la literatura es inexistente. Hay manuscritos, es verdad, pero están dispersos y falta mucho para volver a soñar con reunirlos; sin embargo, quienes advertimos la importancia de resguardar la memoria escritural no hemos parado de crecer, al punto que lo que antes era percibido una rémora en los proyectos de tesis, una amenaza de “positivismo” o incluso un intento de sumar páginas con transcripciones, se ha convertido en un valor. El cambio en la percepción sobre la importancia de revisar papeles dejados de lado a la hora de analizar la obra publicada de un escritor es también la historia de nuestras prácticas. Esas prácticas, en literatura, se asientan en una concepción de la obra que encuentra en la crítica genética un camino de realización y en la lectura a partir del archivo una política de intervención intelectual. En otras palabras, no se trata de hacer visibles manuscritos que ya existen, sino de hacer aparecer manuscritos a la luz de una lectura.

El camino de lo visible

Parto, como siempre, de mi experiencia. Este ámbito me invita a hacerlo no sólo expresamente, cuando Virginia Castro y Eugenia Sik me propusieron participar, sino porque el espacio que se ha construido en estas Jornadas es un lugar de efectivo intercambio y reconocimiento mutuo. No se trata, por una vez, del reconocimiento académico o simbólico que inevitablemente acarrea también el archivo, el saber del archivo, sino de reconocernos en compañeros y compañeras de ruta que nos pueden dar algo de luz, como se hace con una linterna, con sus reflexiones nacidas de la práctica. En ese sentido y ligado a la gran carga de artesanado que porta el trabajo con los archivos, vuelve a aparecer algo así como una experiencia transmisible. Trabajar con objetos materiales, paradójicamente, no es una costumbre de la literatura y esta es una de las primeras cosas que surge de la acción interdisciplinaria. Leemos, pero leemos dónde. Hacemos, pero hacemos físicamente, manipulamos papeles, revistas, usamos o no guantes, pinceles, papeles especiales. Dónde se consiguen las cajas, cómo se dobla el papel para que no dañe los manuscritos, pero también cómo vincular una descripción con un documento y/o con su imagen para poder volver a encontrarla y compartir, sacar al aire, son saberes específicos que se transmiten más allá de las fronteras disciplinarias. De pronto, preguntar por el tipo de plataforma que se utiliza pasa a ser un problema de descripción literaria, en tanto me permite o no dar cuenta de la diversidad de materiales en un dossier.

Raúl Antelo (2016) liga el archivo con el *chantier*, la obra en construcción y el espacio donde se construye la obra. Es por eso que archivo y ciudad van de la mano, no se empieza una ciudad sin un archivo y la ciudad, como el archivo, nunca están terminados, siempre en perpetua destrucción y reconstrucción. La potencia del archivo se encuentra en su propia precariedad, en su propio estar continuamente en obra que genera una fuerza centrífuga. Al contrario de lo que podría pensarse, cada documento o fragmento del archivo no remiten a una totalidad (el archivo siempre está en construcción, su ser es el ser horadado) sino que puede reconfigurarse para producir nuevos contextos. Esta lectura de los manuscritos literarios, que la crítica textualista sólo podía remitir a una obra publicada, hace surgir manuscritos literarios donde la vieja literatura sólo veía documentos historiográficos finalmente

homologables a las obras terminadas, lo que además producía un efecto doble: se dejaban de lado importantes volúmenes de escritura que no hubiesen desembocado en una publicación y a la vez se forzaba la publicación de obras póstumas, dado que ese parecía ser el único modo de lectura. Sólo una lectura paciente que los emancipe de la obligación de “explicar” una obra presuntamente terminada nos permitirá verlos en su propia especificidad productiva.

Hay también otro aspecto en la idea de *chantier* que me parece importante desarrollar en nuestra peculiaridad de espacio a la intemperie en contraposición con el retiro de la abadía y es la cantidad de gente que trabaja en una obra, los oficios que se desarrollan y el volumen desmesurado de trabajo. Recuerdo mi preocupación cuando terminaba de organizar el archivo Puig y veía que quedaban flecos, siempre un detalle por terminar y algo que habría que volver a hacer, buscaba un relevo porque algo que empecé a tener en claro es que el tiempo de un archivo excede el tiempo de una vida. De ese malentendido y de ese malestar, el del imposible relevo, me sacó la práctica del pensamiento colectivo, los proyectos de investigación que leían “mi” archivo a partir de la lectura de “otros”, o que le entraban por una ventana que en verdad era un hueco, que lo miraban al revés. Cuando Eugenia Rasic y Verónica Bernabei (2016) piensan —desde dos orillas del Atlántico y leyendo a dos autores diferentes— la relación del archivo con la historia llevan la ciudad al puerto y llaman al archivo astillero de la historia: “el astillero, además de ser un sitio en el cual se han llevado a cabo históricamente grandes construcciones navales como soporte de un Estado Nación orientado al fortalecimiento de industrias o empresas militares, es un espacio donde se reparan barcos y se aprende el oficio artesanalmente”. Entran en esta figura tanto el archivo institucional como el personal, pero este último estaría del lado de “la viruta, el polvo, las limaduras, el hueco, [que] son los que aparecen cuando abrimos un archivo y entramos a la obra de un autor por ese puerto”. De ese modo, aunque cada archivo requiere de un responsable, de alguien que se haga cargo, es sólo a partir del trabajo colectivo que puede prosperar, es decir reconfigurarse en las diversas lecturas y continuar produciendo sentidos. Para ello pusimos en marcha dos acciones, una de reflexión teórica y otra de acciones materiales.

Por un lado, creo que es fundamental incorporar el trabajo con archivos y manuscritos en las escuelas medias y en las carreras de grado. Para esto no es necesario modificar los programas de estudio. Todo el ámbito de las Ciencias Sociales, más las carreras artísticas, utilizan lo que se ha dado en llamar “fuentes”; sin embargo, durante años el acceso a los archivos fue cosa de especialistas que habían podido llegar a estas llamadas fuentes, es decir se habían nutrido de ellas, mientras que la educación terciaria y universitaria se guiaba por interpretaciones de esos documentos. Esta noción de fuente (que ya había sido cuestionada y desplazada por la de intertextualidad) persiste en cierto malentendido que imagina el archivo como un stock de material, un depósito cuya organización sería del orden de lo “natural”, borrando en ese mismo movimiento toda resistencia y por lo tanto toda necesidad de lectura que no sea la de constatar datos. Para ser precisa acudo a las palabras de Paula Calvente y de Victoria Calvente (2016), cuando afirman que “Un archivo no es un grupo de objetos materiales sino la configuración de una corporalidad en función de un orden, clasificación, tematización, es decir, de su lectura”. Lo que las

hermanas Calvente ponen en evidencia es algo que había sido ocultado en función del ejercicio autoritario de una lectura basada en el acceso al espacio restringido de unos papeles guardados bajo cinco llaves que el actual giro archivístico, acompañado de posibilidades técnicas impensadas, pone en jaque. Mientras los estudios en ciencias humanas sigan un patrón autoritario no será necesario ver en qué se basa esa supuesta autoridad. Nadie va a ir a mirar un grupo de papeles, por más que estén al alcance de la pantalla, si supone que se trata sólo de “fuentes para la investigación” entendidas, en el caso de los manuscritos literarios, como pruebas de que una edición es correcta, o de que el dato de la fecha o la cantidad son verdaderas. Ir a ver eso es no ver los papeles. Es necesario reponer el cuerpo de esos documentos, leerlos en su propia y compleja temporalidad, para recuperar su capacidad de seguir haciendo conexiones que no existían cuando fueron producidos. Sólo así tendrán sentido y podrán poner en movimiento a legatarios, amigos, y diferentes niveles y formas de instituciones que puedan recibirlos.

Entiendo que esto que señalo es compartido por quienes nos reunimos acá, pero está lejos de formar parte del sentido común. El involucramiento con documentos de archivo tratados como tales genera actitudes críticas. Imagino jóvenes utilizando sus computadoras para localizar y visualizar manuscritos en lugar de resúmenes de trabajos terminados y no puedo dejar de pensar que si no tenemos una Abadía, tenemos en cambio bibliotecas populares.

2. Nombrar para que aparezca. Cartografía latinoamericana de archivos de escritores.

Todos los datos que voy a dar ahora son tomados de una presentación de Mónica Pené y Victoria Calvente, una de las fundadoras y principal gestora de *Orbescrito*, espacio colaborativo cuyo primer objetivo es registrar la existencia de archivos y manuscritos de escritores, artistas e intelectuales latinoamericanos depositados en cualquier parte del globo terráqueo, o de escritores de cualquier parte cuyos documentos estén depositados en América Latina.

Este sitio surgió de la iniciativa de Érica Durante, joven investigadora en crítica genética que se acercó a América Latina a través de Borges, de cuya biblioteca personal realizó un catálogo completo que no obtiene permiso para ser difundido. Su derrotero tiene que ver con los lugares de autoridad: frente a la escuela de crítica genética francesa en la que se formó, sin espacio para jóvenes investigadores, Durante crea la revista **Recto/verso** destinada a jóvenes investigadores en crítica genética, que sacó siete números monográficos entre junio de 2007 y octubre de 2011. En el directorio, por supuesto, era la única que hablaba español, pero además en el segundo número, dedicado a “Latinoamérica: un Eldorado des papiers”, la directora de la revista quedó sorprendida al ver que sólo cada especialista sabía dónde estaban y si existían los archivos del escritor de su interés. De ese modo, *Eldorado* remitía a la vez a la abundancia y al misterio, un tesoro escondido que está en todas partes y en ninguna. Es entonces a partir de 2007 que comenzó el deseo y la propuesta de hacer una cartografía, y en julio de 2011 cuando nos reunimos y tomamos el compromiso de llevarla adelante. Toda la investigación y puesta a punto, todas las transformaciones, estuvieron a cargo de las integrantes de bibliotecología: Mónica Pené, Victoria Calvente, Flavia Giménez, Florencia Bossi. Érica Durante, que tanto trabajó en su constitución y

que nos convenció de la necesidad imperiosa de construir este sitio, nos dejó el logo a través de un diseñador argentino residente en Bruselas y siguió como parte del comité científico. Intentaré ahora decir unas pocas cosas sobre las etapas de realización de Orbescrito, para mejor entenderlo remito a la presentación de las colegas que espero incluir como anexo a esta charla.

Durante el primer año se diseñó una encuesta que cualquiera pudiese llenar. Teníamos en mente, y todavía no renunciamos a ello, las Bibliotecas populares y los depositarios de archivos en general, gente no especializada en archivística pero que podía brindar información fidedigna y valedera, con la que obtendríamos una primera descripción del fondo.

Con la encuesta a punto se diseñó y publicó la primera versión del sitio web. Lo anunciamos en congresos y diversas reuniones, pero no avanzaba. En principio había un problema de diseño, realizado a partir de un framework (Virb, comercial) donde alojamos la página. La decisión de acudir a un espacio prediseñado al que teníamos que adaptarnos respondió a un deseo de practicidad que en verdad demostró el estado de nuestras discusiones. De una manera mucho más modesta que otras instituciones, en una escala mínima, estábamos comprando un enlatado. Peor, lo estábamos alquilando y además de pagar depositábamos información. Las consecuencias fueron la falta de continuidad (ante un problema personal el sitio se hace inaccesible) y la imposibilidad de una interacción efectiva. Además, no teníamos manera de mostrar los datos que íbamos recogiendo.

La segunda etapa de Orbescrito, que se materializa en 2014, cambia la estructura del sitio y el lugar de domiciliación, que pasa a ser la Facultad de Humanidades de la UNLP, como encargada de llevar adelante el proyecto en el que intervienen también la Universidad Nacional de Misiones y el Centre de Recherches Latinoaméricaines de Poitiers, más la Universidad de Lovaina como fundadora. Los problemas para avanzar con el formato inicial nos llevaron a la conclusión tanto práctica como política, y por lo tanto teórica, de que un archivo existe en tanto se institucionaliza, y que nuestra apuesta como investigadoras e investigadores de la universidad pública es a que esas instituciones asuman el lugar de custodias de la memoria escritural. La construcción y afianzamiento de instituciones de la democracia, también acá, es lo que posibilita acciones de mediano y largo plazo. En definitiva se rediseñó la encuesta y el sitio. En cuanto a la estructura se desarrolló con el framework PHP 5.3, compatible con la mayoría de gestores de bases de datos (MySQL, PostgreSQL, Oracle y Microsoft SQL Server) y que se puede ejecutar tanto en plataformas *nix (Unix, Linux, etc.) como en plataformas Windows, e incorpora una base de datos donde se puede visualizar y recuperar toda la información aportada. Como primer resultado, en los dos últimos años pasamos de cuatro fondos relevados a treinta y siete, y lo que pensamos que iba a comenzar por escritores argentinos alberga fondos de varias ciudades latinoamericanas. Al mismo tiempo, la encuesta que se pensó para recabar información se vuelve instrumento de análisis; así, acaba de resultar una guía de trabajo para la hija del escritor guatemalteco Mario Monteforte, quien nos escribió desde México pidiendo ayuda para ver qué hacía con el legado de su padre. Una red, cuando comienza a tejerse, no se sabe hasta dónde puede llegar.

Algo que me parece necesario aclarar es que varios de estos fondos son recuperados de Internet. Cuando estamos en contacto con el responsable del fondo le pedimos que complete la encuesta, pero también es posible tomar la información de catálogos *on line* de Bibliotecas, de Universidades o de Fundaciones. La carga no es automática ya que con la encuesta quedan normalizados los contenidos para facilitar su búsqueda, pero si fueron tomados de un sitio web la página remite a ese sitio; si en cambio son datos proporcionados por un derechohabiente o por un investigador que tomó conocimiento de un acervo conservado, por ejemplo, en un domicilio particular, además de consultar a quienes tienen algún derecho sobre los papeles, brindamos un mail de contacto. Saber que los papeles están ahí, en un lugar, y que hay alguien a quien le importa que no se pierdan, ayuda a tomar conciencia del valor que tienen. Reunir de manera ordenada esa información y ponerla al alcance de cualquiera que desee investigar abre caminos y favorece la realización de estudios para que esos papeles existan a través de las lecturas renovadas que distintas generaciones puedan efectivizar, o como dijeron acá Graciela Carnevale y Moira Cristiá, para que existan en los “futuros presentes”. Interrogarnos sobre nuestra cultura, sobre las huellas materiales de la intimidad de la creación literaria o de la gestación de intervenciones públicas parece un buen destino para el desarrollo de las humanidades.

Envío

Me queda por contar sobre la visualización en acceso abierto del conjunto de manuscritos de creación de Manuel Puig, que llevó un recorrido comenzado alrededor de 1996 y encuentra una estación de descanso en el sitio ARCAS de la Facultad de Humanidades, y una puesta en acto de lectura poética en el *Álbum Puig* editado por Eugenia Rasic y diseñado por Paula Calvente, a partir de un trabajo conjunto con Delfina Cabrera, Juan Pablo Cuartas y Marcos Bruzoni . Queda también la preparación de una edición crítica genética de **La traición de Rita Hayworth** a cargo de Lea Hafter y de un **Cuaderno Bellatin** a cargo de Delfina Cabrera y Juan Pablo Cuartas, pero esas son otras historias y quedan para el próximo encuentro.

Referencias bibliográficas

Antelo, Raúl (2016), “La potencialidad del archivo”, capítulo para el libro, en preparación.

Bernabei, Verónica y Rasic, Eugenia (2016), “El archivo como astillero de la historia”, trabajo presentado en el III Simposio “Un mundo escrito”, organizado por la UNMisiones- UNMDP y la UNLP. Mar del Plata, 4 y 5 de agosto. Avance del capítulo para **El archivo como política de lectura**, en preparación.

Calvente, Paula y Calvente, Victoria (2016), “El cuerpo del archivo como política de lectura (La construcción como modo de afectación del archivo)”, trabajo presentado en el III Simposio “Un mundo escrito”, organizado por la UNMisiones- UNMDP y la UNLP. Mar del Plata, 4 y 5 de agosto. Avance del capítulo para **El archivo como política de lectura**, en preparación.

Sitios web mencionados

ARCAS: Portal de acceso abierto que incluye colecciones de fuentes útiles para la investigación. <http://arcas.fahce.unlp.edu.ar/arcas/portada>

IMEC: Institut de Mémoires de l'Édition Contemporaine. <http://www.imec-archives.com/>

Orbescrito: Cartografía latinoamericana de archivos de escritores. <http://orbescrito.fahce.unlp.edu.ar/escritor>